

En un pueblo de la costa mexicana, un paisano se encuentra medio adormilado junto al mar. Un turista norteamericano se le acerca, entablan conversación y en un momento determinado el forastero pregunta: 'Y usted, ¿en qué trabaja? ¿A qué se dedica?'. 'Soy pescador', responde el mexicano. 'Caramba, un trabajo muy duro', replica el turista, quien agrega: 'Supongo que trabajará usted muchas horas cada día, ¿verdad?'. 'Bastantes, sí', responde su interlocutor. '¿Cuántas horas trabaja como media cada jornada?'. 'Bueno, yo le dedico a la pesca un par de horitas o tres cada día', replica el interpelado. '¿Dos horas? ¿Y qué hace usted con el resto de su tiempo?'. 'Bien. Me levanto tarde, pesco un par de horas, juego un rato con mis hijos, duermo la siesta con mi mujer y, al atardecer, salgo con los amigos a beber unas cervezas y a tocar la guitarra'. 'Pero ¿cómo es usted así?', reacciona airado el turista norteamericano. '¿Qué quiere decir? No entiendo su pregunta'. 'Que por qué no trabaja más. Si lo hiciese, en un par de años tendría un barco más grande'. '¿Y para qué?'. 'Más adelante, podría instalar una factoría aquí en el pueblo'. '¿Y para qué?'. 'Con el paso del tiempo montaría una oficina en el distrito federal'. '¿Y para qué?'. 'Años después abriría delegaciones en Estados Unidos y en Europa'. '¿Y para qué?'. 'Las acciones de su empresa, en fin, cotizarían en bolsa y sería usted un hombre inmensamente rico'. '¿Y todo eso, para qué?', inquiriere el mexicano. 'Bueno', responde el turista, 'cuando tenga usted, qué sé yo, 65 o 70 años podrá retirarse tranquilamente y venir a vivir aquí a este pueblo, para levantarse tarde, pescar un par de horas, jugar un rato con sus nietos, dormir la siesta con su mujer y salir al atardecer con los amigos a beber unas cervezas y a tocar la guitarra'.